

Embajador de España, declarase al Rey F.<sup>mo</sup> D. Josef I dijese positivamente *si tomaría ó no partido á favor de sus aliados los ingleses*. Este Monarca *no pensaba unirse á la Inglaterra*; pero esto no bastaba á quien quería arrojar los ingleses de los puertos de Portugal, y así, instaron de nuevo los Ministros de España y Francia, ofreciendo una alianza constante con la Casa de Borbón si rompía la que tenía con la Inglaterra; y habiéndose negado noblemente á ello el Monarca portugués, SS. MM. Católica y Cristianísima mandaron retirar sus Ministros, que estuvieron detenidos en la raya hasta la llegada á Badajoz del Embajador portugués, y se hizo al mismo tiempo el pase de la raya de unos y otros.

Chocó mucho al Rey Carlos este proceder ridículo y desconfiado de parte de la Corte de Lisboa, é hizo mención de él en el Manifiesto ó declaración de guerra firmado en Aranjuez en 3 de Junio de 62.

Juntó S. M. C. un ejército de 40.000 hombres, cuyo mando dió por su propia elección, y contra la opinión de su Ministro de Estado y Guerra, D. Ricardo Wall, al Marqués de Sarria, Teniente general y Coronel de guardias españolas. Le había conocido el Rey en Italia, donde le vió distinguirse y proceder con sumo honor y probidad, y esto decidió su elección, no obstante que su salud se hallaba muy quebrantada de

la gota. Formóse el proyecto de atacar el reino de Portugal por diferentes partes, y se arrimaron tropas á la frontera de Extremadura, Galicia, Andalucía y Castilla; pero el principal punto que se pretendía atacar era Almeida, para caer sobre Lisboa, y así los principales almacenes se hicieron hacia la parte de Ciudad Rodrigo y Fuerte de la Concepción, inmediato á dicha parte portuguesa. Un ingeniero catalán, llamado Gaber, hábil, pero muy atronado, aunque pasaba de setenta años, y que había hecho antiguamente el reconocimiento de Portugal, se presentó con un proyecto diferente, que era atacar Miranda y Braganza, las dos provincias de Tras los Montes y entre Duero y Miño, y apoderarse de Oporto, que es la plaza más comerciante de Portugal, después de Lisboa, y muy importante por la gran exportación de vinos, y daba la cosa como muy fácil y pronta. Este proyecto, que presentaba una conquista rápida é importante de dos provincias que, divididas por el Duero del resto del reino de Portugal, podían disminuirle, sin arruinarle, yaumentar el nuestro en una paz ventajosa, tenía además otra ventaja, peculiar á las circunstancias, y personal á los que mandaban, lo cual, sin conocerlo los interesados, influye siempre en la decisión de los más importantes asuntos. La Reina de Portugal, Doña Mariana Victoria, era la hermana

querida del Rey Carlos, é hija predilecta de la Reina madre; por consiguiente, todo proyecto que alejase las hostilidades de la capital, debía ser grato á la madre de la Soberana de Portugal, la cual, conociendo que el objeto no era la conquista del reino, sino hacer en él una diversión para los ingleses, debía preferir el hacerla donde no inquietasen tanto á su hija las hostilidades de una guerra, y donde, en caso de ser muy favorable, pudiese sacarse un partido conservando lo conquistado. Aceptóse, pues, el nuevo proyecto de Gaber, y las tropas que debían ir á Ciudad Rodrigo marcharon á Zamora, donde no había almacenes, ni las provisiones necesarias, lo cual detuvo mucho su marcha.

Otra causa bien singular contribuyó también á esta demora. Estando en Zamora, y tratando de continuar las marchas, se reconoció que el río Esla, cuyo nombre casi no se conoce en España, era uno de los infinitos torrentes de España, de que no se hace mención, porque hoy se pasan casi á pie seco y mañana pudieran navegarse. Necesitaba entonces este río un puente de barcas para atravesarse, y á este fin se construyó á toda prisa en Zamora uno de 24 barcas, cuyo número hace ver si era ó no preciso este auxilio.

El Conde de Gazola, que había venido de Nápoles con S. M., tenía el mando de la artille-

ría, como director general de ella, hizo se trabajase con la mayor actividad en esta obra.

Era Gazola hombre de mérito, y puso la artillería en el pié más brillante, que mantiene con aumentos mi amigo el Conde de Lacy, oficial del mayor mérito. Estableció Gazola en el alcázar de Segovia un colegio para su Cuerpo, que no puede mejorarse, y una de las cosas que hacen honor á su sucesor es que en todo ha seguido su sistema, dedicándose sólo á perfeccionarlo, sin dejarse llevar de aquel amor propio, tan dañoso, que hace despreciar y olvidar todo lo que era de su antecesor, no saliendo jamás de la infancia los establecimientos con esa continua variación de principios, que es la más nociva al mérito. El Conde de Gazola, como que conocía la Corte, escogió un paraje en que pudiese el Rey mismo ver el establecimiento y tomar interés en él, en la inmediación de San Ildefonso, donde iba todos los años. Efectivamente, este establecimiento no ha tenido la suerte que el colegio de Avila y el del Puerto de Santa María, que estableció después el Conde de O-Reilli para la infantería, ni que el de Ocaña, establecido para la caballería por D. Antonio Ricardos, el cual, aunque inmediato á Aranjuez, no pudo resistir al crédito é ignorancia del Ministro Llerena, que lo destruyó en el corto tiempo en que tuvo como interino el Ministerio de la

Guerra por la muerte del honrado Conde de Gausa D. Miguel Muzquiz, de que se hablará más adelante.

Finalmente, el 28 de Abril marchó la derecha del ejército desde Zamora á campar en Montamarta, y dirigiéndose por Navianos y Gallega del Río á Alcañizas, campó y se estableció el cuartel general en Siete Iglesias, lugar de Portugal. Desde allí publicó el Marqués de Sarria un Manifiesto, consiguiente á la declaración del Rey que se halla en la nota 3.<sup>a</sup>, en que expresaba no ser el ánimo de S. M. C. hacer la guerra ofensiva contra Portugal, sino sólo asegurarse de sus plazas y puertos, para que por ellos los ingleses no pudiesen hacer á la España el daño que la habían causado en la guerra de Sucesión. Este Manifiesto produjo el efecto que debía; esto es, prepararse los portugueses á la defensa, y tomar para ella todos los medios posibles.

Descansaban los portugueses en una paz profunda desde el principio del siglo, que las nuevas alianzas entre las dos Casas Reales de España y Portugal parecía asegurar por mucho tiempo, y así la marina y el ejército estaban en el pie del mayor abandono, y si nuestro ejército hubiera estado en el pie de disciplina que los del Rey de Prusia y el Emperador, que, habilitados en la paz siempre para la guerra, nada les

falta, y pueden salir á campaña al día siguiente, la conquista del reino de Portugal hubiera costado menos que en tiempo del Duque de Alba. No tenían ni tropa ni generales, y para mandar su ejército hicieron venir, por intercesión de la Corte de Londres, al Conde de la Lippe, que, con otros muchos oficiales extranjeros, pasaron á Portugal, y empezaron á formar un ejército que no había, en medio de la misma guerra. El socorro de 6.000 hombres escasos que, después de mil dificultades, le envió la Inglaterra era de malos reclutas, de modo que, con una voluntad decidida y otra conducta, hubiera sido cierta y pronta la conquista de la capital. Así lo recelaba el Ministro Carvallo, el cual tenía prontos 12 navíos, con todas las provisiones necesarias, para hacer embarcar la familia Real y transportarla, no á Inglaterra, como lo deseaban y aun insinuaron los ingleses, para atraer á sí el oro de Portugal, haciéndose mérito, sino para el Brasil, por los fines que dejo insinuados en la Nota 2.<sup>a</sup> de la Primera Parte. Por esta razón, el plano del Conde de la Lippe fué reunir todas sus fuerzas en un punto que cubriese la capital, y escogió el campo de Abrantes, donde se fortificó, y así las plazas del Alenteijo estaban muy poco guarnecidas, viendo dividida la capital por el Tajo, y que en caso propicio hubieran podido pasar por Abrantes

para impedir lo hiciésemos nosotros. Por este medio iba ejercitando su tropa, y formada ésta y reunidas sus fuerzas, podía lisonjearse vencerlos en un encuentro general, si, como en la batalla de Aljubarrota, nos lisonjeábamos de la superioridad, y fiados en ella y en el espíritu de desprecio con que en general mirábamos á los portugueses, olvidábamos que aún no hemos podido sujetarlos, y perdíamos de confiados la victoria, como nos ha sucedido varias veces, sobre todo en dicha batalla de Aljubarrota, de cuya victoria conservan monumentos en los conventos de este título y en el de Batalha, y, entre otros, una pala famosa, con que dicen mató una panadera un gran número de castellanos.

Mientras que el General portugués reunía y daba una idea de los primeros elementos del arte de la guerra á unos reclutas indisciplinados, estaba nuestro ejército disperso y perdiendo tiempo en todas las fronteras de Portugal. En Galicia había un cuerpo que se apoderó de la plaza de Chaves y otros puestos de aquella frontera. El Conde de Maceda estaba con otro cuerpo en Ciudad Rodrigo, sin pasar la frontera de Castilla, y cubrían la de Extremadura las tropas de aquella provincia, á las órdenes del Teniente general D. Gregorio Muniain, Comandante de ella. El Marqués de Ceballos, con otro cuerpo de tropas, se apoderó de Braganza, y el mar-

qués de Casatremães, de Moncorvo y su puente, que es la comunicación con Almeyda; pero todo se hizo con poca resistencia de parte de los enemigos. Sólo en Villaflor se dejó ver un cuerpo de 5.000 hombres bien apostados, que pusieron en fuga los nuestros, los cuales dejaron salir libres los 1.500 hombres de la guarnición de Moncorvo, donde tomaron 83 cañones, 9 morteros, 500 quintales de pólvora y varios almacenes. El Marqués de Sarria, que se hallaba con su cuartel general en el lugar de Siete Iglesias, envió un fuerte destacamento, á las órdenes del Brigadier D. Francisco Lasi, Coronel del regimiento de Ultonia, para investir la plaza de Miranda, que es la más importante y fuerte por aquel lado. El Gobernador no quiso, como era regular, oír la intimación del General, y empezó á hacer fuego. La confusión que ocasionó la poca pericia de la guarnición, hizo que, pegándose fuego á un barril de pólvora, saltase un almacén, que abrió una brecha en la muralla, por la cual entraron aquella misma tarde, por capitulación, las tropas españolas, quedando por este medio dueños de todas las plazas de la provincia de entre Duero y Miño.

La Corte, á vista de esto, creía que con la misma facilidad se tomaría á Oporto, y estaba tan persuadida de ello, que contaban con que tal día se entraría en la ciudad, como á jorna-

das regulares, y así se explicaba con el Marqués de Sarria en sus despachos, acusándole de inacción. Este general, falto de provisiones y acopios que, como queda dicho, se habían hecho con arreglo al primer plano de la parte de Ciudad Rodrigo, no podía internarse en una provincia pobre, asperísima y sin caminos. Un solo destacamento que adelantó á Villareal, á las órdenes del Brigadier D. Alejandro (hoy Conde) de O-Reilly, que mandaba la vanguardia de tropas ligeras, estuvo para perecer, y confirmó al General en la total imposibilidad de internar en aquellas provincias y de llegar á Oporto sin otros medios y mucho tiempo, riesgo y fatiga. El General pudo finalmente persuadirlo al Ministro, que, no obstante su mal humor (siempre inútil contra la impotencia), tuvo que renunciar á Oporto y mandar retirar el ejército, para venir al primer proyecto de Ciudad Rodrigo, y después de tres meses de poca ó ninguna utilidad, y de muchos gastos y fatigas, el 30 de Junio se puso en marcha para Zamora, y campó el 4 de Agosto delante de la ciudad de Almeyda, plaza regular, nueva y bien fortificada, estableciendo su cuartel general en el lugar de la Junça. Mientras que el ejército campó detrás del fuerte de la Concepción, que cubre nuestra frontera de España, se había adelantado un destacamento, mandado por el Conde de Aran-

da, y en que me nombró S. E. como Teniente Coronel. Este se dirigió al lugar de Castelbom, distante dos leguas de Almeyda, y que se rindió después de tirar dos tiros y hacer escapar la poca tropa que había. De allí pasamos á hacer el reconocimiento de otra plaza, de que nos hicieron bastante fuego, y hubo varias escaramuzas entre las partidas de caballería de nuestro destacamento y las grandes guardias de la plaza.

En el campo de Almeyda se reunió al ejército español un cuerpo de 8.000 franceses, mandados por el Mariscal de Beauvau, casado con mi tía, hermana del Duque de Chabot.

El 15 se abrió la trinchera, y el 25 capituló la plaza, sin haberse aún abierto bien la brecha. Había más de 4.000 hombres de guarnición; pero todo tropa nueva y algunos oficiales ingleses. La artillería y almacenes estaban bien provistos, y en otras manos hubiera hecho una vigorosa defensa; pero el no haber sacado de la plaza ni mujeres, ni niños, ni religiosos, contribuyó á su rendición, pues el estrago de las bombas fué muy considerable y ocasionó muchos clamores, á que un Gobernador inexperto, aunque muy viejo, no pudo resistirse. Inmediatamente se despachó un correo con esta agradable noticia, y el 26 por la noche llevé yo las capitulaciones y detalles, y S. M. me dió el grado de

Coronel, como queda dicho en la Introducción.

El Marqués de Sarria, acosado de la gota, y conociendo que el Ministro de la Guerra deseaba tuviese el mando del ejército el señor Conde de Aranda, que desde la Embajada de Polonia, en que se hallaba, se había puesto en camino luego que supo la guerra, pidió su retiro, y S. M. se lo concedió, dándole el Toisón en prueba de lo satisfecho que se hallaba de sus buenos servicios.

La mañana del día en que yo llegué á San Ildefonso con la noticia de la toma de esta plaza había salido en posta para París Mr. O-Dun, de quien arriba queda hecha mención, que había venido á arreglar los artículos de la paz que ya se trataba en París, y que quedaron convenidos. Se le despachó un alcance con esta noticia, y es cosa bien singular que nos juntásemos como Embajadores en Lisboa en 1780 él y yo, que habíamos sido los dos correos que llevamos á nuestras cortes la noticia de la toma de la plaza de Almeyda, que los portugueses llamaban *la Doncella* porque nunca se había tomado desde su renovación.

Destacó el nuevo General, Conde de Aranda, un cuerpo de tropas, á las órdenes del Conde de Ricla, á ocupar los puestos de Piñel y la Guardia, y marchó con el grueso del ejército para Aldea Nueva, Cerveira, Sabugal, Penamacor,

San Piri, Pedrogaon, San Miguel d'Acha (1) y Escallos de cima á Castelbranco. El Conde de Maceda se había adelantado con un destacamento de granaderos hacia el Campo de las Talladas, que son unas alturas que estaban ocupadas por un cuerpo fuerte de portugueses é ingleses, que se hallaban atrincherados sobre el río Albitio, y estaba con ellos el General La Lippe. Otro cuerpo marchó por la derecha de dicho puesto hacia San Julián del Pereiro, donde tuvo un pequeño encuentro, y otro por la izquierda hacia Villavella, de cuyo puesto se apoderaron los nuestros, haciendo prisionera la guarnición. A vista de este movimiento, creyeron los portugueses íbamos á cortarles la retirada, y así la emprendieron precipitadamente, dejando algunos cañones enterrados, que hallamos en dicho Campo de las Talladas, que ocupó un destacamento avanzado nuestro, en que estuve con mi regimiento.

Tenían los portugueses un campamento de ingleses enfrente de Villavella, separado del nuestro por el río Tajo, que creíamos intransitable. Pero como tenía á tres cuartos de legua de allí un vado muy bueno, que sabían los del país, el General inglés lo pasó una noche, sorprendió el campamento español, hizo varios pri-

(1) Véase la nota 4.<sup>a</sup>